



## CAPÍTULO VI

En el que nuestro bachiller da razón de lo que le pasó en la hacienda,  
que es algo curioso y entretenido

Llegué á la hacienda en compañía del amigo de mi padre, que era no menos que el amo ó dueño de ella. Apeámonos, y todos me hicieron una acogida favorable.

Con ocasión del divertimiento que había de los herraderos, estaba la casa llena de gente lucida, así de México como de los demás pueblos vecinos.

Entramos á la sala, me senté en buen lugar en el estrado, porque jamás me gustó retirarme á largo trecho de las faldas, y después que hablaron de varias cosas de campo, que yo no entendía, la señora grande, que era esposa del dueño de la dicha hacienda, trabó conversación conmigo y me dijo: — Conque, señorito, ¿qué le han parecido á usted esos campos por donde ha pasadó? Le habrán causado su novedad, porque es la primera vez que sale de México, según noticias. — Así es, señora, la dije, y los campos me gustan demasiado. — Pero no como la ciudad, ¿es verdad? me dijo. — Yo por política le respondí: — Sí, señora, me han gustado, aunque ciertamente no me desagrada la ciudad. Todo me parece bueno en su línea; y así estoy contento en el campo como en el campo, y divertido en la ciudad como en la ciudad. — Celebraron bastante mi respuesta, como si hubiera dicho alguna sentencia catoniana, y la señora prosiguió el elogio diciendo: — Sí, sí; el colegial tiene talento, aunque luciera mejor si no fuera tan travieso, según nos ha dicho Januario.

Este Januario era un joven de diez y ocho á diez y nueve años, sobrino de la señora, condiscípulo siempre y grande amigo mío. Tal salí yo, porque era demasiado burlón y gran bellaco, y no le perdí pisada ni dejé de aprovecharme de sus lecciones. Él se hizo mi íntimo amigo desde aquella primera escuela en que estuve, y

fué mi eterno ahuizote <sup>1</sup> y mi sombra inseparable en todas partes, porque fué á la segunda y tercera escuela en que me pusieron mis padres; salió conmigo, y conmigo entró y estudió gramática en la casa de mi maestro Enríquez; salí de allí, salió él; entré á San Ildefonso, entró él también; me gradué, y se graduó en el mismo día.

Era de un cuerpo gallardo, alto y bien formado; pero como en mi consabida escuela era constitución que nadie se quedara sin su mal nombre, se lo cascábamos á cualquiera, aunque fuera un Narciso ó un Adonis; y según esta regla le pusimos á don Januario *Juan Largo*, combinando de este modo el sonido de su nombre y la perfección que más se distinguía en su cuerpo. Pero después de todo, él fué mi maestro y mi más constante amigo, y cumpliendo con estos deberes tan sagrados, no se olvidó de dos cosas que me interesaron demasiado y me hicie-

<sup>1</sup> Parece que esta frase tuvo origen desde el tiempo de la gentilidad entre los indígenas, á los que gobernó desde el año de 1482 hasta el de 1502 el emperador Ahuizotl, cuya palabra mexicana quiere decir *agüero*. Este hombre cruel y sanguinario hizo morir en la dedicación del templo principal de México, más de 64,000 víctimas humanas, según dicen varios autores; pero el padre Torquemada asegura que en los cuatro días que duró la fiesta fueron sacrificados 72,344 prisioneros. Esta matanza causó tan horrosa impresión en los mexicanos sus súbditos, que desde aquel tiempo llamaron *ahuizotl* al perseguidor, ó al que causa daño de cualquier género.

Para consuelo de la humanidad, la sana crítica no carece de razones para persuadir que si este hecho (que no tiene semejante en los anales de la barbaridad) no es fabuloso, es á lo menos muy exagerado, debiendo sospecharse que se ha cometido algún error ó en la numeración de los MS. que tuvieron presentes los AA., ó en la interpretación de las cifras y jeroglíficos de los mexicanos, ó en la significación de las voces de su idioma. Pero este asunto no es de este lugar, y siempre es cierto que el espantoso número de víctimas que sacrificó Ahuizotl en esta ocasión debió de escandalizar á sus vasallos, dando origen á la frase.

ron muy buen provecho en el discurso de mi vida, y fueron: inspirarme sus malas mañas y publicar mis prendas y mi sobrenombre de *Periquillo Sarniento* por todas partes; de manera que por su amorosa y activa diligencia lo conservé en gramática, en filosofía y en el público cuando se pudo. Ved, hijos míos, si no sería yo un ingrato si dejara de nombrar en la historia de mi vida con la mayor efusión de gratitud á un amigo tan útil, á un maestro tan eficaz y al pregonero de mis glorias, pues todos estos títulos desempeñó á satisfacción el grande y benemérito Juan Largo.

No sabía, con todo eso, si aquellas señoras tenían tan larga relación de mí, ni si sabían mi retumbante nombrecillo. Estaba muy ufano en el estrado dando taba, como dicen, con la señora y una porción de niñas, entre las cuales no era la menos viva y platiconcilla la hija de la señora mi panegirista, que no me pareció tercio de paja, porque sobre no haber quince años feos y estar ella en sus quince, era demasiado bonita é interesante su figura; motivo poderoso para que yo procurara manejarla con cierta afabilidad y circunspección lo mejor que podía para agradarla; y ya había notado que cuando decía yo alguna facetada colegialuna, ella se reía la primera y celebraba mi genialidad de buena gana.

Estaba yo, pues, quedando bien y en lo mejor de mi gusto, cuando en esto escuché ruido de caballos en el

patio de la hacienda, y antes de preguntar quién era, se fué presentando en medio de la sala, con su buena manga, paño de sol, botas de campana y demás aderezos de un campista decente... ¿quién piensan ustedes que sería? ¡Quién había de ser, por mis negros pecados, sino el demonio de Juan Largo, mi caro amigo y favorecedor! Al instante que entró, me vió, y saludando á todos los concurrentes en común y sobre la marcha, se dirigió á mí con los brazos abiertos y me halagó las orejas de esta suerte: — ¡Oh, mi querido Periquillo Sarniento! ¿tanto bueno por acá? ¿cómo te va, hermano? ¿qué haces? siéntate...

No puedo ponderar la enojada que me dí al ver como aquel maldito en un instante había descubierto mi sarna y mi periquería delante de tantos señores decentes, y lo que yo más sentía, delante de tantas viejas y muchachas burlonas, las que luego que oyeron mis dictados comenzaron á reirse á carcajadas con la mayor impudencia y sin el menor miramiento de mi personita. Yo no sé si me puse amarillo, verde, azul ó colorado; lo que sí me acuerdo es, que la sala se me oscureció de la cólera, y los carrillos y orejas me ardían más que si los hubiese estregado con chile. Miré al condenado Juan Largo, y le respondí no sé qué, con mucho desdén y gravedad, creyendo con este entono corregir la burla de las muchachas y la insolencia de mi amigo; pero nada menos que eso

conseguí, pues mientras yo me ponía más serio, las muchachas reían de mejor gana, de modo que parecía que les hacían cosquillas á las muy puercas, y el pícaro de Juan Largo añadía nuevas facetadas con que redoblaban sus caquinos. Viéndome yo en tal apuro, hube de ceder á la violencia de mi estrella y disimular la bola que tenía, riéndome con todos; aunque si va á decir verdad, mi risa no era muy natural, sino algo más que forzada.

En fin, después que me periquearon bastante y dise-caron el hediondo cadáver de su sarnosa etimología, ya que no tenían base para reír, ni aquel bribón bufonada con que insultarme, cesó la escena, y calmó, gracias á Dios, la tempestad. ✕

Entonces fué la primera vez que conocí cuán odioso era tener un mal nombre, y qué carácter tan vil es el de los truhanes y graciosos, que no tienen lealtad ni con su camisa; porque son capaces de perder al mejor amigo por no perder la facetada que les viene á la boca en la mejor ocasión; pues tienen el arte de herir y avergonzar á cualquiera con sus chocarrerías, y tan á mala hora para el agraviado, que parece que les pagan, como me sucedió á mí con mi buen condiscípulo, que me fué á hacer quedar mal, justamente cuando estaba yo queriendo quedar bien con su prima. Detestad, hijos míos, las amistades de semejante clase de sujetos.

Llegó la hora de comer, pusieron la mesa, y nos

sentamos todos según la clase y carácter de cada uno. A mí me tocó sentarme frente á un sacerdote vicario de Tlalnepantla, á cuyo lado estaba el cura de Cuautitlán (lugar á siete leguas de México), que era un viejo gordo y harto serio.

Comieron todos alegremente, y yo también, que como muchacho al fin, no era rencoroso, y más cuando trataban de complacerme con abundancia de guisados exquisitos y sabrosos dulces; porque don Martín, que así se llamaba el amo, era bastante liberal y rico.

Durante la comida hablaron de muchas cosas que yo no entendí; pero después que alzaron los manteles, preguntó una señora si habíamos visto *la cometa*. — El cometa dirá usted, señorita, dijo el padre vicario. — Eso es, respondió la madama. — Sí, lo hemos visto estas noches en la azotea del curato y nos hemos divertido bastante. — ¡Ay! qué diversión tan fea, dijo la madama. — ¿Por qué, señorita? — ¿Por qué? porque ese cometa es señal de algún daño grande que quiere suceder aquí. — Ríase usted de eso, decía el cleriguito: los cometas son unos astros como todos; lo que sucede es, que se ven de cuando en cuando porque tienen mucho que andar, y así son tardones, pero no maliciosos. Si no, ahí está nuestro amigo don Enero, que sabe bien qué cosa son los cometas, y por qué se dan tanto á desear de nuestros ojos, y él nos hará favor de explicarlo con claridad para